La época de oro de la Semana Santa de Crevillent

A finales del siglo XIX nuestras procesiones alcanzan una brillantez insospechada



«El derecho de asociación, impulsó a los crevillentinos amantes de la Semana Santa, a canalizar sus inquietudes por medio de sociedades»



Antecedentes socio-económicos.

Con la abolición de todos los privilegios y derechos de los señoríos en 1811 y percepción de diezmos en 1837 la villa inicia una era nueva. Los anhelos de sus vecinos por desvincularse del señorío del Marqués de Elche, quedaron patentes dos décadas antes, al dirigirse al rey Fernando VII suplicándole que pusiera remedio a los "excesivos tributos y cargas con que les aplica el Marqués de Astorga[1]. Las dos citadas leyes vinieron a colmar las exigencias de los crevillentinos con el bien más preciado: libertad para decidir su presente y su futuro. De ahora en adelante formarán ayuntamientos, practicarán el comercio sin trabas, y podrán constituir asociaciones de cualquier índole. Factor primordial en el resurgir de nuestra Semana Santa.

El ejercicio de este derecho natural de las personas, –el de asociarse–, irá en aumento a medida que avanza el siglo, no siendo ajeno, por supuesto, al comportamiento de los crevillentinos. Las sociedades con fines lucrativos: comerciales, industriales y sobre todo mineras, (captación de aguas en la sierra), irrumpen con fuerza a partir de 1850.[2] Las no lucrativas o de carácter altruista proliferaron en consonancia con el auge económico que alcanza su apogeo en la década de los sesenta; todos en el pueblo, hombres y mujeres tienen trabajo.

Esta bonanza económica coincide con la total desvinculación del Sr. Territorial (Marqués de Astorga, Conde de Altamira, Duque de Montemar…) de la hasta poco antes, su villa. Con la supresión de su mayor fuente de ingresos, los diezmos, su patrimonio había quedado seriamente dañado; los bienes que le quedaban tuvo que enajenarlos con el fin de paliar el déficit de su maltrecha hacienda.[3] Por otra parte, esta situación privó a la parroquia de percibir, desde 1837, las aportaciones a las que estaba obligada la casa dominical por la Concordia de 1771. Por esta razón, el templo de Nuestra Señora de Belén, bendecido en 1829, quedó inacabado, a falta de enlucir fachadas y construir la torre, hasta la tercera década del siglo siguiente. Nada extraño si tenemos en cuenta las cantidades importantes dejadas de ingresar anualmente: 6.622 reales destinados a salarios y "para la obra de la nueva Iglesia 20.781 reales.[4]

El derecho de asociación, reconocido por Real Orden de febrero de 1839, unido a la progresiva mejora económica, impulsó a los crevillentinos amantes de la Semana Santa, a canalizar sus inquietudes por medio de sociedades. Su finalidad: renovar las procesiones de una Semana Santa obsoleta, pobre, –sólo había cuatro pasos–, y rutinaria: el Vía Crucis era el acto más significativo del Viernes Santo. Las procesiones de la calle, seguían prácticamente igual que dos siglos antes, con imágenes solitarias: "Nazareno, Dolorosa, Cristo Crucificado, Cristo Yacente", reflejando en sus rostros expresivos sentimientos de dolor y amargura de la Pasión.[5] Demasiado lúgubre todo, para unos ciudadanos más independientes mejor remunerados y por tanto más alegres, decididos a cambiar en lo posible, la configuración urbana, social y religiosa de su pueblo.

El cambio de ubicación del templo, de la Plaza Vieja a la Mayor (hoy Constitución), permitió gracias a la espaciosidad de la iglesia y de la Plaza, poder reunir un creciente número de pasos para iniciar y finalizar las procesiones del Miércoles y Viernes Santo. Convocatoria similar continúan teniendo, la mañana del Viernes Santo, dos lugares emblemáticos: el Calvario explanada el siglo anterior, y la Morquera, ensanchada hacia 1862 como consecuencia del derribo de la "muralla de la Casa Castillo cuyo inminente peligro de desplome..." obligó a la Casa de Altamira a tomar esta decisión.[6]

Las primeras sociedades (cofradías).

Si bien las sociedades de estas características hemos de relacionarlas de alguna manera con los gremios, parece que en Crevillent su influencia debió ser más testimonial que efectiva. Las relaciones entre ilicitanos y crevillentinos, fruto de la cercanía y afinidades mercantiles (en ocasiones gremiales), son motivo suficiente para suponer